

La imagen del conocimiento

Manuel Blanco

Si alguna arquitectura ha sido capaz de tener su imagen vinculada permanentemente a un concepto esa era una biblioteca. El propio nombre de biblioteca tiene una doble acepción, por un lado nos referimos a la colección de materiales, libros, manuscritos, estampas, y a los instrumentos que nos permiten su manejo, esto es al contenido, y por otro lado al propio edificio, al continente. Con varios significados simultáneos que confluyen en una realidad arquitectónica. En unos casos nos referimos al nombrarla a la colección contenida. Cuando decimos que El Escorial albergaba la biblioteca del Rey de Marruecos estamos hablando evidentemente de la colección capturada por los barcos de Felipe II, no del barco que la transportaba, ni del edificio que la albergó originalmente. En otros casos, nos referimos a la institución: cuando hablamos de la Library of Congress en Estados Unidos, o de la Biblioteca Nacional Española, o de la British Library, tenemos normalmente en la cabeza la institución que representan, evidentemente gracias a la fuerza otorgada por los fondos que poseen y por sus instalaciones, pero hablamos más bien de una estructura que de una colección, independientemente de cuál sea su importancia o el edificio que la albergue. Otra cosa es cuando éste asume la carga, o mejor dicho consigue el objetivo, de representar a la institución como en el reciente caso de la Biblioteca Nacional de Francia, que se ha hecho cristal para habitar a orillas del Sena.

Muy pocos visitantes de Venecia al contemplar la biblioteca de Sansovino en la plaza de San Marcos, frente al Palacio Ducal, piensan en su origen como Biblioteca Marciana (1537-1554), construida para albergar la colección del cardenal Bessarione cuando huyó de la toma de Constantinopla. Su valor arquitectónico como magnífica pieza del paisaje urbano veneciano nos hace olvidar una parte de su función primitiva, en detrimento de la otra más evidente, la de constituir un elemento clave de la ciudad, que nos puede incluso entretener con los juegos de lenguaje clásico que experimentó Sansovino en la fachada de su lonja.

Sin embargo, no podemos olvidarnos de que a la vez que son edificios funcionales encarnan, también, la imagen del conocimiento, de que su des-

trucción, en el caso de Alejandría, llega a simbolizar el mito clásico del conocimiento perdido, y su mantenimiento en los monasterios, la preservación de la llama de la cultura en una edad oscura, que volverá a renacer en las bibliotecas de los humanistas. En un Renacimiento que pasará de las memorias del incendio de Alejandría, o de los restos todavía existentes de la biblioteca levantada por Adriano en Atenas a los nuevos espacios de Michelozzo en el convento de San Marcos (1437-44), claros y modulados, perfectamente proporcionados, o a la gran escalinata monumental de acceso al conocimiento, a la Biblioteca Laurentina (1523-59), que levanta Miguel Ángel en San Lorenzo en Florencia, encargada por el papa Clemente VII para acoger la colección de su familia, los Medici, y tan protagonista de la cultura del momento como su Capilla Medicea o las distintas obras de Brunelleschi con las que compone uno de los conjuntos arquitectónicos más importantes del Renacimiento italiano.

En El Escorial la biblioteca se dispondrá desde la gran fachada principal dominando el paso a su interior, al eje principal del monasterio. En una estructura en la que todo está simbólicamente controlado, no es fortuito que el paso al camino que desemboca en el santuario se inicie bajo el Conocimiento, pasando bajo la gran sala abovedada cuyo pavimento marca el eje principal del conjunto, o que se enfrenten en el Patio de los Reyes, llave del monasterio, en las dos fachadas de su eje, de un lado la iglesia y del otro la biblioteca. O que su disposición, respecto al convento y conectada con él, sea simétrica del coro, éste entrando en el espacio de la iglesia, la biblioteca lindando con el mundo exterior. Sus estanterías, diseñadas por Juan de Herrera, presentan el envés de sus libros, el canto interno de sus páginas, al espectador, ocultando hacia el interior su lomo, su nombre.

Podemos preguntarnos con Kahn, qué es lo que quiere ser una biblioteca (el propio Kahn responderá en parte a esta pregunta en Exeter), cuál es su cometido, cuál es el conjunto de tareas funcionales o simbólicas que debe seguir su forma. Esa idea del edificio, de cómo funciona y en qué niveles, de cómo refleja su cometido, ha tenido una serie de respuestas diferentes que han marcado la configuración de algunos edificios muy significativos, reflejando parcial o totalmente una respuesta propia a estas preguntas. Este concepto múltiple se ha materializado, se ha encarnado, si nos podemos permitir la expresión, de forma distinta a lo largo de nuestra historia arquitectónica más reciente simultaneando muchas veces distintos cometidos, si bien en algunos casos prevalece un aspecto sobre los otros.

El volumen

En muchos casos ha prevalecido el concepto de la biblioteca como el gran depósito, la torre donde se almacena el conocimiento sagrado, la imagen que Umberto Eco transmitía magistralmente en *El Nombre de la Rosa*, la torre emblemática que conservaba los restos del conocimiento perdido y que había que recorrer conociendo las claves, las signaturas, como un iniciado para poder llegar a él. Un espacio que en su versión cinematográfica nos recordaba esas perspectivas infinitas de los grabados de las *Cárceles* de Piranesi, de mundos dentro de otros mundos.

Esta idea de la gran torre-depósito en que lo más visible de la biblioteca es el volumen exterior que alberga sus fondos, la recogen muy bien dos universidades americanas, el gran depósito rojo de la Biblioteca de la Universidad Central de Caracas (1952), obra de Carlos Raúl Villanueva, y el perteneciente a la Universidad Central de México, cubierto éste por un gran mural de Juan O’Gorman que convierte su volumen en un gran símbolo de la identidad cultural mexicana.

Al contrario de este planteamiento de exhibir el depósito como símbolo principal de la biblioteca, Gordon Bunshaft, de la firma americana S.O.M., recogía en una de sus mejores creaciones, la Beinecke Rare Books Library (1961), realizada para albergar una de las mejores colecciones norteamericanas de manuscritos y libros raros, una idea casi religiosa, como si fuera un sagrario: la biblioteca como un espacio sacro protegido del exterior y en su centro refulgente un pequeño edificio de cristal conteniendo el depósito de libros raros. Bunshaft crea para la Universidad de Yale un espacio aislado, dentro de una gran caja de alabastro que tamiza a través de sus paredes la luz exterior y protege el núcleo interior transparente que alberga la colección, como en un juego de cajas chinas, una caja dentro de otra, y en el centro lo más precioso, la colección. La gran caja exterior se alza del suelo de la universidad sostenida tan sólo por cuatro pilares en sus esquinas, por lo que cada una de sus paredes es en su totalidad una gran viga Viendeel, como un gran reja recubierta de granito y cerrada con alabastro.

El gran espacio

Otro de los elementos de su conjunto que asume el protagonismo es la sala de lectura. La gran sala que centra el espacio interior del edificio donde se agrupan y controlan las mesas de lectura, un único espacio de gran altura que permite una iluminación cenital y que aparece en casi todas las gran-